

## **Consello da Cultura Galega**

Reflexión estratéxica sobre a cultura galega / Sesión Políticas culturais

1 de junio de 2010

### **La política cultural actual: los retos de la complejidad**

Arturo Rodríguez Morató

Universidad de Barcelona

#### RESUMEN

Por un lado, el territorio de lo cultural es difícilmente acotable. Hay una cultura de la excelencia espiritual, del arte y de la creación intelectual, centrada en las realizaciones y en los procesos creativos. Junto a ella, hay también una cultura del conocimiento y la formación, una cultura del cultivo espiritual, personal y colectivo, que se plasma en individuos y sociedades que progresan en sus capacidades. Hay asimismo una cultura de definición antropológica, entendida como conjunto de formas simbólicas que organizan el modo de vida de una colectividad. Y hay en esta línea universos culturales más restringidos, como el que se sustancia en la idea de la cultura popular o, en otro sentido, el que se compone de los valores y pautas de comportamiento centrales en una sociedad. Todas éstas son definiciones públicas de la cultura, que tienen cristalizaciones diversas en la vida social y en las estructuras sociales. Se trata de universos muy dispares entre sí, no cabe duda, pero todos ellos tienen un reconocido carácter cultural y en todos ellos interviene hoy en día el gobierno. La lista, por lo demás, podría ampliarse, aumentando la heterogeneidad del conjunto.

Por otra parte, los objetivos gubernamentales en relación con el ámbito cultural son problemáticos. De un lado, son objetivos que no pueden remitirse claramente a necesidades. En su enunciado más genérico –la misión de difundir la cultura de la excelencia o la de fomentar la creación, por ejemplo-, no suscitan consensos estables y universales. Al contrario, en las sociedades democráticas existe una sostenida disputa sobre su legitimidad. Y cuando se concretan en instrumentos y programas, en la medida en que éstos a menudo se denuncian como arbitrarios, resultan también puestos en cuestión. De otro, los objetivos de la política cultural son actualmente múltiples y variopintos, en parte como consecuencia de la multiplicidad intrínseca de lo cultural y en parte fruto de la historia misma de este campo de intervención.

En último término, la ambigüedad sobre el terreno de actuación y la incertidumbre respecto a los objetivos de la misma se ha traducido también en una dificultosa y frágil plasmación administrativa. A este respecto, cabe señalar, en primer lugar, la tardía institucionalización de esta política a nivel internacional, pese a tratarse de un tipo de intervención con raíces muy antiguas. En segundo lugar, cabe constatar la existencia de configuraciones administrativas muy diversas e inestables. Tanto en el plano nacional-estatal, como en el regional o autonómico, se pueden encontrar, en efecto, fórmulas de lo más diverso: algunas que se sitúan a distancia del poder gubernamental (las agencias o consejos anglosajones) y otras dependientes del mismo (ministerios, departamentos o consejerías); unas que se restringen a los ámbitos de las artes y el patrimonio y otras

muchas que incorporan, en variada medida y configuración, ámbitos como el de la política lingüística, los medios de comunicación, la educación extraescolar, el ocio, el turismo, la juventud, el deporte, etc. Y por último, se puede mencionar igualmente el dato de que el presupuesto dedicado a cultura suele ser uno de los capítulos más vulnerables a las crisis dentro del gasto gubernamental.

En nuestro país, la política cultural ha sido escasamente estudiada y debatida. En su consideración ha predominado el partidismo simplificador en lugar del análisis, cuando no la pura inconsciencia o la falsa evidencia de unos superficiales consensos (sobre la intrínseca bondad de todo gasto cultural, por ejemplo). Para pensar debidamente la política cultural, sin embargo, hay que hacerse consciente de su característica complejidad. Sólo comprendiendo el alcance y las claves de esa complejidad se podrán valorar objetivamente las contradicciones, los dilemas y los retos de la política cultural actual. Como introducción a esta jornada de reflexión, pues, me propongo aportar algunos elementos para analizar esa complejidad y para evaluar los retos que actualmente plantea. A continuación, resumo brevemente el itinerario que seguirá mi presentación.

*1. La cristalización de la política cultural.* La específica cristalización de la política cultural que se da en Europa en los años 60 expresa una particular relación entre la cultura y el poder. Se trata de una relación fraguada a partir de tres elementos estructurales que a lo largo de la modernización europea se han ido sedimentando sucesivamente: (1) la cultura moderna autónoma, (2) el Estado-nación y (3) el Estado de Bienestar keynesiano. La cristalización de la política cultural resulta, en este sentido, de una serie de asunciones combinadas: del valor intrínseco e independiente de la cultura autónoma moderna, de la importancia emblemática de la cultura artística y patrimonial como base de legitimidad del poder político y de la misión redistributiva del Estado con respecto al capital cultural.

*2. Puntos de partida comunes: los fundamentos de legitimidad.* La intervención totalitaria había inaugurado en los años 30, *avant la lettre* y de un modo excepcional, la institucionalización de la política cultural en Europa. Frente a esa traumática experiencia, de negación de la autonomía cultural y de manipulación ideológica, los nuevos Estados democráticos de la posguerra asumieron la responsabilidad de defender y difundir la cultura autónoma, basada en la libertad de creación y de crítica, como ideal de excelencia y baluarte frente a toda manipulación. La tarea de la difusión cultural, no obstante, va a responder también, y sobre todo, a un objetivo de tipo redistributivo. La política cultural va a inscribirse, en este sentido, en el marco del desarrollo del Estado del bienestar, un desarrollo resultante de la común experiencia de la crisis de los años 30 y de sus trágicas consecuencias. La legitimación de la nueva política, pues, remitirá también a la lógica de este nuevo Estado interventor, comprometido en el bienestar de los ciudadanos y en la lucha contra la desigualdad social. Por último, la legitimación nacionalista, asociada a la creación y difusión del patrimonio, aunque tiene raíces anteriores, va a sumarse igualmente a esa confluencia de fundamentaciones originarias de la nueva política cultural, por más que con una variada intensidad según los casos.

*3. El legado histórico como clave de diversidad.* La variabilidad de las configuraciones de la política cultural tiene que ver en gran medida con la historia. Entre los siglos XVII y XVIII, como es sabido, las sociedades europeas, al tiempo que se diferencian económica y políticamente, se van diferenciando también culturalmente, en sus

fundamentos (religión, lengua) y en las estructuras de sus esferas culturales especializadas. A lo largo del siglo XIX y hasta el periodo de entreguerras, sobre el trasfondo de la transformación socioeconómica capitalista, esa diferenciación se consolida, combinándose con la transformación del Estado absolutista en Estado constitucional y su progresiva, pero muy diferencial, democratización. La intervención pública en la cultura (encargos y mecenazgo artístico, además de censura, primero; fomento educativo y desarrollo patrimonial, luego) se diferenciará en consonancia con ello. Se establecerán, así, mecanismos de mayor o menor intervención, más o menos centralizados y sistemáticos, más o menos respetuosos de la autonomía cultural. Y esta acción cultural pública se desplegará en contextos culturales igualmente diversos, caracterizados por un mayor o menor dinamismo de la actividad cultural mercantil independiente. Estas configuraciones originarias serán las responsables de que llegada la hora de la cristalización de la política cultural, a mediados del siglo XX, las estructuras y dinámicas que se conformen en unos y otros países difieran grandemente (niveles de intervención muy desiguales, mayor o menor poder central, protagonismo cultural público más o menos marcado, mayor o menor dependencia política de la intervención).

4. *El ciclo welfarista de las políticas culturales y su agotamiento.* A pesar de las diferencias estructurales de fondo, la política cultural se despliega en un ciclo de orientaciones welfaristas comunes (de la filosofía de la democratización de la cultura a las políticas de democracia cultural) hasta su declive en los años 80 (deriva economicista). El cambio se produce en el contexto de una serie de transformaciones socioculturales profundas (desdiferenciación cultural, nueva centralidad de la cultura, auge de la política local, globalización cultural). Como resultado de ese cambio, la política cultural pierde coherencia interna, se deslegitima y prolifera el mimetismo institucional. Al mismo tiempo, se potencia extraordinariamente la complejidad territorial del sistema de intervención (desarrollo de la política cultural local y regional, también de la europea).

5. *La trayectoria de las políticas culturales en España.* Aunque con veinte años de retraso, en España el proceso ha seguido también la misma pauta. Lo ha hecho, eso sí, a un ritmo más acelerado que en otros países, debido al déficit del que se partía, y con una intensidad que puede calificarse de muy notable. La nota más característica del desarrollo de la política cultural en España, no obstante, ha sido su gran diversidad, una diversidad que remite a la nueva organización autonómica del Estado y a la pluralidad de desarrollos institucionales –incluso concurrentes– que ésta ha posibilitado en el ámbito cultural. Como resultado de ello, el sistema global de la política cultural en España se caracteriza por su especial complejidad.

6. *Fragilidades y problemas de la política cultural actual.* A lo largo de todo su desarrollo, la política cultural ha estado sometida a continuas críticas (críticas a su ineficacia o a sus efectos perversos, por ejemplo). Estas críticas han erosionado fuertemente su legitimidad, provocando una deriva de progresivo debilitamiento. La política cultural acumula, por otro lado, múltiples contradicciones (contradicción entre el objetivo de la descentralización cultural y la lógica de la producción cultural contemporánea, contradicción entre los objetivos extrínsecos y la sostenibilidad de la dinámica de creación de valor cultural, contradicción entre la posición relativamente periférica de esta política en el contexto del conjunto de las políticas públicas y las pretensiones hegemónicas que últimamente tiende a desarrollar, entre otras). Estas

contradicciones no han sido todavía bien resueltas y en España no han sido ni siquiera apenas planteadas.

*7. Retos de la complejidad.* Los retos actuales de la política cultural tienen que ver con las debilidades y contradicciones que ha acumulado a lo largo de su historia y también con las nuevas circunstancias y problemáticas culturales a las que hoy se enfrenta. En primer lugar, puede decirse que existe un reto de planificación, que se vincula a la necesidad de definición de una misión coherente para la política cultural. Este reto implica el de la racionalización institucional y territorial de las políticas culturales, el de su articulación y gobernanza y finalmente también el de su evaluación. En cuanto a los retos que se derivan de las nuevas circunstancias culturales actuales, son desde luego múltiples. Yo destacaría, en todo caso y para acabar, únicamente dos, de gran trascendencia: el del cambio tecnológico y el auge de la cultura digital y el que plantea el nuevo horizonte de la diversidad cultural.